

Por Daniel Rozas

Por la calle Merced, entre Lastarria y Estados Unidos, a pasos del Palacio Bruna, se dobla por un pasaje sin salida para llegar a la casa del creador de la instalación del iceberg que llevó Chile a la Exposición Universal de Sevilla en 1992 y que el sociólogo Tomás Moulián interpretó como metáfora de la transición en su libro «Chile actual: anatomía de un mito».

El departamento, que también funciona como taller artístico, queda en un bonito edificio de época, y está colmado de objetos que revelan los intereses omnívoros del inquilino: cajas con archivos de fotografías, libros, discos, pinturas, artículos de cocina y plantas.

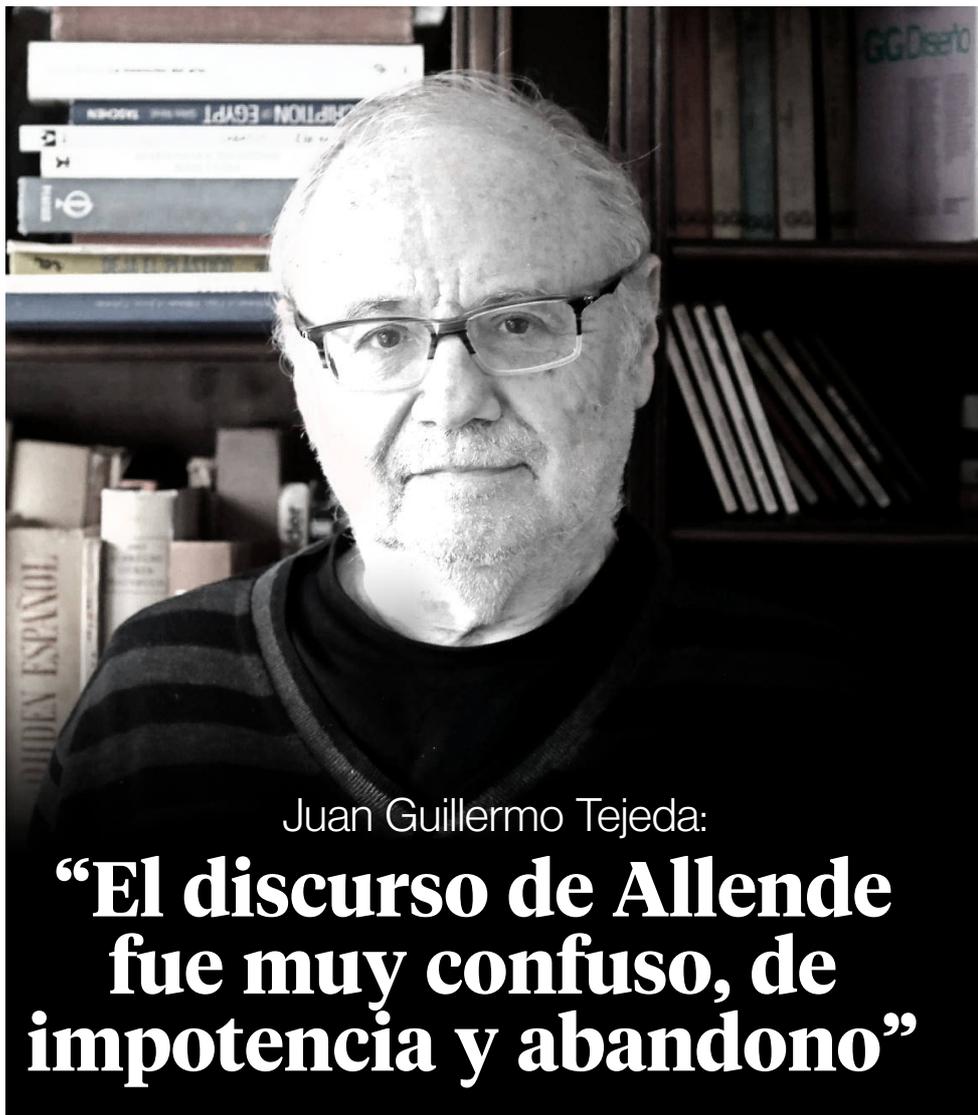
Jubilado desde 2013, después de hacer clases durante 46 años, Juan Guillermo Tejada (1947) es un investigador cultural que nada contra la corriente de los lugares comunes criollos, a través de distintas disciplinas y lenguajes, y que ha intentado explorar el mundo que lo rodea. “He tenido la dicha de no tener que repetirme y hacer lo que ha querido en cada momento”, dice.

Ilustrador de los «Artefactos» de Niccanor Parra en los 70, diseñador, pintor y escritor, Tejada es autor de «Allende, la señora Lucía y yo» (Ediciones B, 2002), libro original en la forma y el fondo, que mezcla autobiografía, crónica y ensayo, con distintas tipografías en cada capítulo, y que intenta comprender con humor el experimento socialista que encabezó Salvador Allende.

El texto recobró notoriedad durante la conmemoración de los 50 años del golpe, luego que el historiador Alfredo Jocelyn-Holt recomendara su lectura, hasta la tusa de la avalancha editorial de libros publicados referidos al tema, afirmando: “sirve de purgante para desatarse de lo de ahora. Son memorias muy descarnadas que no dejan títtere con cabeza sobre la UP, el Golpe, y el desastre que siguió. En efecto, se precisan agallas para decir que el último discurso de Allende fue patético”.

Padre de dos hijos, hijo del escritor Juan Guillermo Tejada Oliva, exiliado en Barcelona, excolaborador de revistas internacionales como «Interviú» y «Playboy», creador de la imagen de los hoteles Explora, fundador de «The Clinic», y actual columnista de «El Mostrador», Tejada explica que la idea de escribir el libro surgió luego de la detención de su madre, Marina Marshall Silva, quien fue secuestrada y torturada en diversos campos de concentración durante la dictadura.

Dice que el subtítulo del texto, “Soy un superviviente de la conversación”, se debe a que para “mí el tema del golpe consiste en el hundimiento de la república en Chile. Y la república es para mí la conversación. Después esto se transformó en una pelea de dos bandos, en un partido de tenis, se desplomaron las instituciones, y



FOTOGRAFÍA: JONATHAN OYARZUN / ATON

Juan Guillermo Tejada:

“El discurso de Allende fue muy confuso, de impotencia y abandono”

El diseñador, pintor y escritor, dice que “a lo mejor es exagerado decir que (Allende) no merecía una estatua, porque es una persona que muere con honor. Y eso es relevante. Da la vida por lo que él creía”.

dejó de haber conversación”.

“Este es un país de irresponsables”

—Viviste la Unidad Popular siendo un veinteañero. Escribiste que “fue maravilloso ver como se abría paso a la gente que jamás había mandado nada, a los postergados de siempre, a la gigantesca periferia poblacional”. ¿Qué reflexión haces hoy sobre la UP?

—Bueno, a mí la Unidad Popular, comprendida dentro de la Guerra Fría, me cambió totalmente la vida. Yo he sido siempre más bien de centro. Era pro demócrata cristiano en aquella época, siempre me interesó la política —porque pienso que una persona educada, ilustrada, tiene que estar al tanto de los temas políti-

cos— pero nunca me sentí especialmente izquierdista, aun cuando recojo de la izquierda la crítica que hace de la sociedad. Quiero decir que hubo cosas interesantes como la incorporación a la realidad política de millones de personas que no existían habitualmente, cosa que apareció otra vez con el estallido, y estábamos en una época de esplendor cultural en Chile. El teatro, la pintura, la arquitectura, la moda, las historietas, las editoriales, los escritores, los *hippies*. O sea, realmente había una contracultura muy interesante en esa época que me tocó como joven. Entonces muchos de mi generación nos vimos arrastrados por Allende y la UP.

Tejada cuenta que, además, de niño le tocó acompañar a su mamá a hacer servicio social en poblaciones pobres de la

capital y ahí conoció cómo vivían los sectores populares marginados. “No lo podía creer. Las guaguas en cajas de manzanas. Vi la pobreza horrorosa”.

—¿Te interesaba más el proyecto cultural que el proyecto político de la UP?

—No, era un tema emocional más bien. Yo me formé con mi padre en un ambiente muy culturizado, espontáneo, republicano. Los amigos de mi papá eran Joaquín Edwards Bello, Rafael Agustín Gumucio, Eduardo Anguita, el poeta (Eduardo) Molina y el periodista Tito Mundt. Y cuando salí de la universidad, vi el tema de la izquierda y la Unidad Popular con un poco de desconfianza. Sin embargo, cuando salí a la calle y vi a la gente allendista, me puse a llorar. Porque vi a esa gente tan abandonada. A los pobres de Chile. A los miserables. Vi a toda esa gente siguiendo disciplinadamente las directrices de los partidos de izquierda, que eran extraordinariamente mateos, en concentraciones en donde no se rompía un vidrio y había letreros grandes con consignas. O sea, eran unos partidos, el socialista y el comunista, muy disciplinados, que lideraban y habían conseguido el apoyo de esta masa que vivía en unas condiciones atroces.

—Salvador Allende es un figura compleja: socialista, parlamentario, demócrata, revolucionario, médico, masón, hedonista. ¿Qué opinas de la idealización que se ha hecho de su figura?

—Yo creo que la vida es poliédrica. Y creo que las contradicciones que nos atraviesan son múltiples. No soy partidario de las simplificaciones ni de las idealizaciones.

—En tu libro te preguntas si Allende merecía tener una estatua.

—Yo creo que no.

—¿Por qué?

—Porque la estatua se le hace al héroe. Y el héroe es eficiente, una persona a la que le resultan las cosas. Entonces tú glorificas o le das presencia eterna a alguien eficiente. A lo mejor es exagerado decir que no merecía una estatua, porque Allende es una persona que muere con honor. Y eso es relevante. Da la vida por lo que él creía y que, al haber fracasado su proyecto, se hunde. Es la figura del general romano que, cuando pierda la batalla, se quita la vida. Él se hace cargo del fracaso de su insurrección. Y eso en Chile es notable porque este es un país de irresponsables, donde nadie se hace cargo de las consecuencias de sus acciones. Allende sí.

—En tu libro analizas el discurso de Allende y escribes: “a partir de ese deplorable discurso con ribetes éticos, aunque desprovisto de toda instrucción concreta, los ánimos de la población comenzaron a declinar de manera ostensible”. ¿Dónde escuchaste el discurso de Salvador Allende? ¿Y por qué te parece deplorable?

—Lo escuché por la radio Magallanes. Y pongo en el libro lo que sentí en ese momento; esto se hundió. No hay un plan

B. Este señor se va a quitar la vida, y no hay ninguna instrucción respecto de qué es lo que tenemos que hacer. Entonces esa sensación de abandono es muy fuerte y conduce a la convicción de que la batalla se perdió, de que no había batalla en realidad. Una de las cosas más inquietantes de los primeros días del golpe, es que había unas Fuerzas Armadas desplegadas para luchar contra un enemigo que no aparecía por ningún lado. O sea, hay un ejército que no llega. Entonces es un partido de fútbol donde solo hay un equipo y el otro no juega. Ahí vimos en realidad el estado de la cuestión y por eso encuentro que el discurso no es para celebrarlo.

—¿Por qué no?

—Porque es muy confuso. Es un discurso de impotencia y abandono, de dignidad personal, pero que para el resto de la gente no tiene ninguna instrucción. Nadie sabía qué hacer. Yo me tuve que marchar 14 años de exilio.

—Se ha dicho que ese discurso es una especie de coda al «Canto general» de Neruda.

—Palabras como las de Allende están hechas para soportar muchas interpretaciones, muchas lecturas. La mía fue que se había perdido la batalla y que cada uno tenía que arreglárselas como pudiera.

“Kast representa una apelación al capricho personal”

Tejeda se fue al exilio el año 73 después de saber que el periodista Carlos Berger, quien había sido su jefe, fue fusilado por la Caravana de la Muerte en Calama. “Pensé que como yo venía después de Carlos en el organigrama de la revista «Ramonax» (ligada a las JJ.CC.) estaba en peligro. Así que tenía que irme. En pocos días, gracias a mis tíos y mi mamá, que juntaron la plata, me fui. Tuve que enfrentarme a Europa con 400 dólares. No tenía nada, pero me las arreglé”.

—Escribiste una columna donde contabas que te daban rabia las personas que se burlaban de los exiliados al comparar el exilio con vacacionar en Europa.

—Indignante. Mi hija, por ejemplo, cuando nació, tenía que estar en una incubadora, y como no tenía dinero para eso, la llevamos a una clínica especializada. Estuvo ahí y salió bien, por suerte, pero entre tanto yo iba acumulando una deuda de como de 2 millones al día y me las tuve que arreglar solo. Entonces el que dice que aquello era divertido es un canalla.

—La diputada republicana Gloria Naveillán, dijo que hay “denuncias que no están probadas. Si me demuestran que están probadas, no tengo ningún problema. Pero que se sumen también las violaciones que hubo a mujeres durante la UP como es el caso de Antonieta Maachel”. Tu madre fue torturada. ¿Qué te pasa cuando escuchas estas cosas?

—Mi mamá nunca me contó los detalles de su detención. Pero sí algunas cosas. Este libro está hecho sobre el hecho de la detención de mi madre. Lo que más

“

Cuando Pinochet entrega el poder hay dos mitades, ya no hay tres tercios. Desaparece un tercio. ¿Dónde está? Bueno, estuvo en el estallido”.

“

Mi mamá nunca me contó los detalles de su detención (...) la sacó el cardenal (Raúl Silva Henríquez), pero nunca se victimizó. Nunca sacó partido de esto. Por el contrario, tenía pudor de hablar”.

me mortificaba a mí, era cómo este país había llegado a un punto donde una persona como mi mamá, detenida en su casa, con el guatón Romo instalado en una patrulla, estuvo en un recinto de carabineros, Londres 38, en el Estadio Chile, en Tres y Cuatro Álamos. De ahí la sacó el cardenal (Raúl Silva Henríquez), pero ella nunca se victimizó. Nunca sacó partido de esto. Por el contrario, tenía pudor de hablar. Toda la barbaridad que ella vivió es lo que gatilló en mi la capacidad de escribir este libro.

—Escribiste que, hasta que vino la dictadura, el electorado chileno se dividía en tres tercios: clase alta o derechista; clase media; y un tercer tercio popular o izquierdista. Eso era el país. ¿Cómo está constituido Chile hoy?

—¿Qué pasó con los tres tercios chilenos? Cuando Pinochet entrega el poder hay dos mitades, ya no hay tres tercios. Desaparece un tercio. ¿Dónde está? Bueno, el tercio que desapareció, estuvo en el estallido. O sea, la muchedumbre que salió en el estallido a la calle, es el tercio faltante, que quedó marginalizado del nuevo sistema político. Y que no llegó a ser un electorado porque hay gente que no quiere votar, gente que quiere expresar de manera lo más inmediata e instintiva sus impulsos, y que efectivamente pueden después votar por el Apruebo y luego por el Rechazo. Es decir, son volubles. Y tanto se pueden ir a un mall como a una concentración, y esa parte de la población chilena no se reconoce en las figuras políticas que aparecen.

—Sujetos que transitan por distintas ideologías y votan según la contingencia política.

—Exacto. Solo tienen la convicción de estar marginalizados. Y en ese sentido se parece a la gente que yo vi en la Alameda y que eran allendistas. Eran gente que estaba afuera. Entonces la sensación de estar afuera es lo que produce esta insurrección. Porque yo creo que el gobierno de Allende fue una insurrección pero no llegó a revolución.

—José Antonio Kast es el líder del Partido Republicano. ¿Qué es ser republicano para ti?

—Ahí hay un robo. O sea, no haya nada más antirepublicano que Kast. La república es una cosa que se basa en un consenso y su metáfora serían los semáforos. O sea, los semáforos son para todos iguales. Cuando se enciende la luz roja, paramos, y cuando se enciende la luz verde, caminamos. Es un sistema abstracto que se basa en determinados reglamentos y protocolos. Eso es la república. Kast representa un individualismo y una apelación al capricho personal. La democracia y la república son lo contrario. Lo que cuentan son los reglamentos y las leyes que son iguales para todos y se aplican a partir del trabajo institucional de las autoridades. Esa es la libertad republicana. Para que no haya alguien que se pueda pasar las luces rojas como hacía Pinochet con sus escoltas.